

Un disparo audaz

Por ALDO DANIEL NARANJO TAMAYO

Rodeado de una numerosa fuerza enemiga, a punto de ser capturado, el Mayor General Calixto García tomó una decisión audaz: puso el revólver Smith and Wesson calibre 44, debajo de la sotabarba y accionó el gatillo para volarse la tapa de los sesos. La bala le afectó dientes, muelas, lengua, el tabique de la nariz, entre otros puntos bucofaciales y, curiosamente, le salió por la frente, dejándole un amplio orificio.

Era el 6 de septiembre de 1874, hace 150 años, en San Antonio de Baja, 11 kilómetros al suroeste de Veguitas.

En medio de un charco de sangre, agonizante, le encontró el capitán español Domingo Ariza, a quien informaron que se trataba del general Calixto García. Entonces, el oficial español ordenó a los sanitarios curar y salvar la vida al jefe del Ejército Libertador. La mayoría de la tropa apoyó la decisión, admirados de la valentía del mambí. De inmediato, le fue tapado el orificio de entrada, palatino y frontal, con hilos saturados de yodo.

Realizadas las primeras curas, le montaron a caballo y lo llevaron a Veguitas, donde recibió las atenciones del médico Federico Baglietto. Este mismo día, en la tarde, fue trasladado para Manzanillo.

Pero, ¿qué hacía el general García en tierras de Bayamo? ¿Por qué un oficial español decidió salvar su vida? ¿Cuáles fueron los daños bucofaciales causados por el proyectil en lo inmediato y lo futuro? ¿Qué fue posteriormente de su vida?

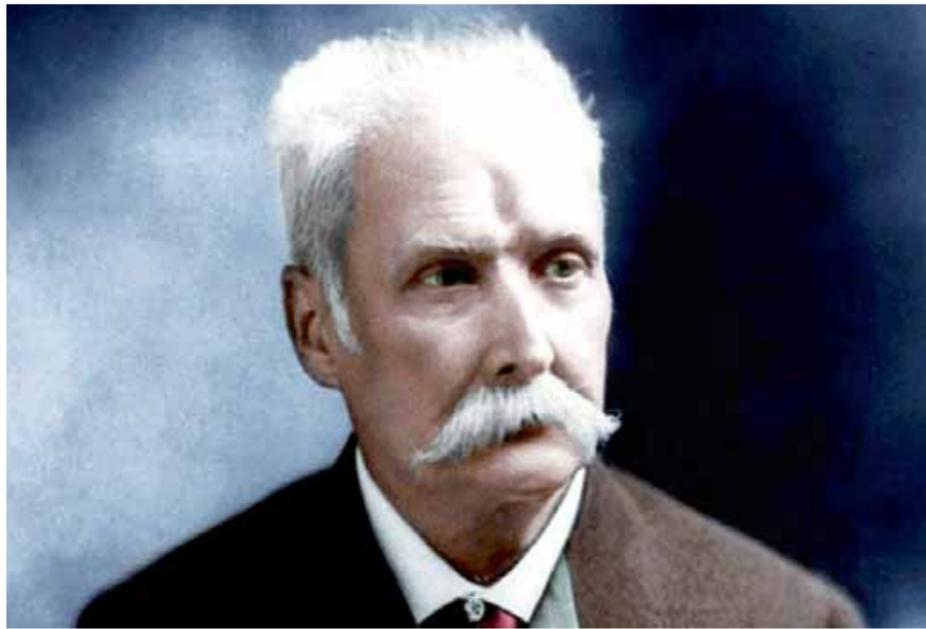
POR EL IDEAL DE INDEPENDENCIA ABSOLUTA

El 4 de septiembre de 1874, encontrándose en el campamento de Dos Ríos, en el sector de Jiguaní, llegó a manos del general García un informe del general Miguel Barreto, jefe de la División de Bayamo, sobre un proyecto de negociaciones de paz con el Gobierno español.

El plan había surgido en la ciudad de Manzanillo, a raíz de la detención de Esteban de Varona, un agente de la Revolución, con el nombre en clave de Marqueta. En sus maniobras, convenció al fiscal de la causa, comandante español Aznar, quien le debía dinero, para declarar que la correspondencia que había sostenido con el presidente mambí Carlos Manuel de Céspedes era para que llegara a un entendimiento de paz con España y que, una vez muerto el hombre de La Demajagua, la había continuado con el general Calixto García.

Considerando aquello muy peligroso para el ideal de independencia absoluta, Calixto le ordenó al general Barreto que cortara las conferencias con los enemigos, pero que asegurara el comercio de armas y municiones con los militares españoles de Manzanillo. Por eso, organizó su marcha hacia el distrito de Bayamo, con los propósitos de desarticular el complot y, en lo posible, comprar el armamento procedente de Manzanillo.

El 5 de septiembre, en la tarde, acampó en San Antonio de Baja, con una fuerza de 80 efectivos: 60 infantes y 20 jinetes. El general Barreto se



Calixto García y la huella del disparo en la frente

encontraba en los montes de Sotolongo, en las cercanías de Cerro Pelado.

EL ASALTO

Al día siguiente, parte de la caballería salió a forrajear, quedando Calixto con unos 20 hombres. Al mediodía, comenzó a llover, momento en que invadió el campamento insurrecto una compañía española al mando del capitán Domingo Ariza y los voluntarios de Barrancas. Ellos siguieron las huellas de los insurrectos, tras cortar los postes del tendido telegráfico desde cerca de Veguitas.

El comandante Jesús Rabí enfrentó las avanzadas, pero el enemigo atacó en forma de pinza, rodeando a los cubanos. El coronel Félix Figueredo, por orden de Calixto, salió a una sabana próxima, pero al general se le espantó el caballo.

Los ayudantes rodearon al caudillo, dispuestos a morir junto a él. El joven bayamés Joaquín Castellanos le manifestó: "General, moriré con usted. Usted caerá en poder del enemigo cuando este haya pasado por encima de mi cadáver".

En la refriega, cayeron abatidos los ayudantes Planas y Castellanos, mientras Juan Quesada era herido. Una docena de soldados españoles trataron de cogerle vivo, pero del pecho del general partió un vibrante grito: "¡Viva Cuba Libre!" De seguido, escucharon el último disparo de un revólver Smith 44.

LA HERIDA

Aunque convertido desde entonces en el héroe de la herida en la frente, símbolo de su valentía personal e intransigencia patriótica, el general García padeció intensos dolores físicos, como resultado del frustrado suicidio.

La bala le afectó 13 músculos y ligamentos: piel del mentón, el tejido celular subcutáneo, el músculo milohiideo, cielo de la boca, lengua, mucosa palatina, huesos máxilo-palatinos, cavidad nasal, piso seno frontal, mucosa sinusal, pared anterior de la nariz, músculo frontal y piel frontal.

La comunicación crónica entre la piel frontal, el seno frontal y la cavidad bucal, propició una infección presumiblemente mixta, con gérmenes

de la piel y la boca. Esto le provocó una sinusitis frontal crónica, que drenaba pus por la fístula en la piel frontal. Por no tener una adecuada operación quirúrgica y un tratamiento antibacteriano sistémico, no curaba. En esa época, no se había descubierto los antibióticos, y las curas eran a base de yodo, muy peligroso para las membranas mucosas.

Entre otros factores adversos, la dislocación máxilo-palatino le provocó trastornos en la oclusión dentaria, masticación y la fonación. Esto explica el porqué jamás recuperó el tono normal de la voz, pues esta comunicación buco-nasal-sinusal, afecta la fonación, nasalizando el tono de la voz.

Además, sufría sangramiento bucal causado por la dislocación de la dentadura. Esos padecimientos los tuvo que soportar por casi 20 años.

LA ENÉRGICA ACTITUD DE LUCÍA ÑIGUEZ

En el tiempo del trágico suceso del general García, su madre, Lucía Ñiguez Landín, vivía en La Habana, como otras tantas patriotas capturadas por las columnas españolas en operaciones. Ella lo había sido desde el 5 de mayo de 1870. Hasta su morada, sita en la calle Moreno No. 23, en El Cerro, llegó el jefe del Estado Mayor del Ejército colonialista, enviado por el capitán general José Gutiérrez de la Concha, para notificarle que su hijo estaba prisionero.

Ella rechazó de plano que ese fuera su hijo Calixto: "Perdóneme, general, que yo no le dé valor alguno a esa noticia, pues son ya muchas las ocasiones que lo han dado muerto y otras por prisionero". El militar hispano insistió: "Yo le aseguro a usted, Cía, bajo mi palabra de honor, que el cabecilla insurrecto Calixto García se halla en poder de nuestras tropas".

La valiente mujer replicó con ardor: "No es que dude de usted, general, es que yo tengo forjada en mi mente la idea de que mi hijo ni ha caído ni caerá jamás en poder de las tropas de España ¡Calixto es mi hijo y, por lo tanto, no debe rendirse!".

El militar extranjero le mostró el telegrama del general José Sabás Marín, al frente de las tropas españolas en Oriente, donde aparecía escrito

que el cabecilla insurrecto Calixto García, antes de caer prisionero, había intentado suicidarse, disparándose un balazo debajo de la barba, y que la bala le había salido por la frente, quedando con vida. Al conocer que estaba gravemente herido, la matrona cubana, exclamó: "¡Ah!... entonces ¡ese sí es mi hijo Calixto! ¡Muerto antes que rendido!".

PRISIONES EN CUBA Y ESPAÑA

Por orden del general Gutiérrez de la Concha, el herido fue trasladado a Santiago de Cuba, en el buque Conde Venadito, bajo los cuidados de un médico de la marina. Le ingresaron en el hospital militar Príncipe Alfonso, adonde acudió su madre. Allí estuvo hasta mediados de octubre de 1874, cuando fue traslado a La Habana.

En marzo de 1875, Calixto fue conducido a España y encerrado en la Fortaleza de Santoña, en la comarca de Trasmiera, a orillas del Cantábrico. Gracias a gestiones realizadas por doña Lucía Ñiguez, en mayo de ese año lo pasaron a la prisión de San Francisco.

A principios de abril de 1876, fue llevado para la cárcel de Pamplona, en la región de Navarra, donde lo trataron con extrema severidad. A raíz del Pacto del Zanjón, se le concedió la libertad, el 29 de mayo de 1878.

Rápidamente viajó a New York, donde integró el Comité Revolucionario Cubano, el cual gestó la llamada Guerra Chiquita. Con aquella gloriosa herida en la frente, puso su pericia militar al servicio de la causa liberadora de la patria.

UN GENERAL INCLAUDICABLE

Uno de sus hijos, Carlos García Vélez, realizó estudios de cirugía dental en la Universidad Central de Madrid, para curarlo debidamente. En mayo de 1893, llevó adelante la intervención quirúrgica. A fin de contrarrestar los daños provocados en la cavidad bucal, extrajo algunas piezas dentales y, una vez sanado, le colocó una prótesis de caucho, material con que se confeccionaban en esos tiempos.

En dichas condiciones, el irreductible general García tomó parte en la Guerra Necesaria, en la cual brilló por su talento de estrategia militar, el patriotismo y el civismo revolucionario.

Debido a la cicatriz, José Martí le admiró muchísimo más y escribió: "Calixto García no necesita encomio: lleva su historia en su frente herida. El que sabe desdeñar la vida, sabrá siempre honrarla".

Del insigne patriota, el General de Ejército Raúl Castro Ruz, expresó: "Calixto García fue un ferviente convencido del valor y la trascendencia del ideal que defendía y de dos de sus más valiosas cualidades: el patriotismo inclaudicable y la voluntad a toda prueba".

Fuentes: Fernando Figueredo: **La revolución de Yara** (1902); Juan J. E. Casasús: **Calixto García, el estratega** (1962); José Abreu Cardet y Elia Sintet: **Calixto García Ñiguez: pensamiento y acción militares** (1996); y Hernel Pérez Concepción: **Calixto García en la Guerra Grande** (2018).